

DESPUÉS de VERTE

Mhairi McFarlane

SEDA ROMÁNTICA

LOVES /
seda

Copyright de la fotografía © Privado

Mhairi McFarlane nació en Escocia en 1976 y desde entonces se ha pasado la vida explicando a todo el mundo como se pronuncia su nombre. Vive en Nottingham, donde trabaja como escritora *freelance* y, a ratos, como bloguera. Disfruta del buen vino, la comida y las compras de ropa; todas ellas, aficiones impresionantes. Vive con un hombre y un gato. En 2013 ganó el premio RoNA a la mejor novela romántica contemporánea con *Nada más verte*.



En **Nada más verte**, aquel que desapareció de su vida regresó... pero ¿qué sucedió después?

Una vez juntos, luego se separaron. Rachel y Ben vivieron muchos altibajos hasta llegar aquí. Ahora, juntos y enamorados otra vez, todo lo vivido les parece que ha valido la pena. Sin embargo, cuando alguien que había desaparecido de la vida de ambos vuelve a aparecer, los problemas regresan. ¿O no? ¿Serán, al final, felices para siempre?

DESPUÉS DE VERTE

Mhairi Mcfarlane

Libros de
seda

Después de verte

Originally published in the English language by HarperCollins Publishers Ltd. under the title *After Hello*.

© Mhairi McFarlane, 2017

© de la traducción: Eva Pérez Muñoz

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Paseo de Gracia 118, principal

08008 Barcelona

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdeseda

[@librosdeseda](https://www.instagram.com/librosdeseda)

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Conversión en epub: booqlab

Primera edición: junio de 2017

ISBN: 978-84-16973-26-2

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

PRÓLOGO

Entonces...

Son las once y cuarto de una típica y lluviosa noche de viernes en Manchester. Salvo que esta noche no tiene nada de típica y tengo la sensación de que todo lo que hay más allá de las ventanas salpicadas por la lluvia de mi apartamento, de la iluminada noche de la ciudad, está lleno de magia, esperanzas y promesas... aunque también es cierto que puede que esté un poco borracha.

Sobre la mesa de café de esta céntrica vivienda llena de espejos y luces, que más bien es una oda al «postureo», hay esparcidos varios recipientes de aluminio de comida *dim sum*, porque cuando entramos a trompicones por la puerta no me dio tiempo a llegar al frigorífico. (Mi madre diría: «No se te ocurra tocar ese arroz tres delicias, ¡a estas horas estará pasadísimo!».) Sinceramente, no sé a quién quisimos engañar yendo al restaurante en vez de venir directamente aquí.

Es nuestra primera noche juntos —la segunda, si nos ponemos quisquillosos, aunque Ben no se quedó a dormir después de aquella aciaga noche de hace tantos años— y estamos en la inmensa cama que hay en mi apartamento, que ahora ya no parece tan grande, acurrucados y con las piernas enredadas mientras escuchamos el tenue murmullo del tráfico y de los transeúntes, disfrutando de un momento de felicidad perfecta.

No soy capaz de recordar nada de la conversación que hemos mantenido durante la cena, solo las innumerables veces que nos hemos sonreído como tontos, el jugueteo que nos hemos traído con la comida y las manitas que hemos hecho debajo de la mesa. Sí, básicamente un comportamiento abominable. Pero entonces nos han traído la cuenta y le he dicho a Ben: «¿Quieres que vayamos a mi casa?». A lo que él me ha respondido: «Mejor no, he tenido un día muy largo. ¿Pero te apetece acompañarme algún miércoles a ver un combate de lucha libre de WrestleMania? En el despacho tenemos contratado un palco privado».

Durante un instante me lo he tragado, pero después nos hemos partido de risa por lo mala que era la broma. Entonces he pensado: «Nunca me cansaré de él. ¿De verdad está pasando? ¿Por fin somos pareja? Es tan natural y raro a la vez...».

Teniendo en cuenta la expectación que sentíamos, al principio estábamos muy nerviosos, hasta que Ben golpeó sin querer con el codo una porción de Pollo General Tso cuando nos besábamos en el sofá. Mientras nos reíamos al ver el parche rojo radioactivo, decidí ir directa al grano.

—¿Y si dejamos de preocuparnos porque todo sea perfecto? Me basta con que esto esté sucediendo.

—Estaba esperando que dijeras eso —respondió él, empezando a desabrocharse la camisa manchada. Aquella visión trajo miles de mariposas a mi estómago—. Así tengo la oportunidad de cumplir o superar las expectativas. —Me reí, encantada de la vida—. En serio. Estoy de acuerdo. No tiene por qué ser perfecto. Ya lo es.

Sí, no teníamos por qué preocuparnos.

—¿Crees que hemos cambiado mucho desde los veintiuno? —pregunto mientras disfrutamos de la tranquilidad poscoital.

—Pues... ¿En qué sentido? Tú has sobrepasado de sobra los buenos recuerdos que tenía, si te refieres a eso.

—¡No a eso! En general. —Aunque me alegra que no me haya dicho que ahora tengo el cuerpo más flácido o algo por el estilo. Eso sí, todo hay que decirlo, la iluminación de este apartamento es bastante tenue.

—Eso espero —repone él—. Cuando vuelvo la vista atrás y me acuerdo de esos años, me daría de tortas.

—Yo tampoco era mucho mejor.

—Sí que lo eras. Eras fiel a tu novio y una chica decente, honesta, tan del norte que a veces se hacía molesto; alguien que no estaba a punto de huir con el bravucón de Londres.

Ben tiene una habilidad extraordinaria para entenderme, para ver lo mejor de mí por encima de todos mis defectos.

—Bueno, has sido demasiado generoso —digo.

—Es fácil ser el hombre más generoso del mundo cuando estoy contigo en la cama. Ya sabes a lo que me refiero —ironiza, alzando y bajando un par de veces las cejas.

—Oye, que no eres el más generoso...

—¡Cierra el pico, bruja! —grita él. Empezamos a reírnos—. No, en serio —continúa—. Tampoco sé el tipo de novio que hubiera sido en esa época. Además, estaba de viaje. Imagínate que ese hubiera sido nuestro viaje inaugural. Sufrí un incidente con una letrina en Camboya que estoy seguro hubiera provocado nuestra ruptura fulminante.

Vuelvo a reírme, aunque no puedo evitar preguntarme si es cierto eso que acaba de decir o solo estamos intentando consolarnos. ¿Ha sido mejor que pasaran diez años sin vernos después de aquella noche? ¿Seguiríamos enamorados si no hubiéramos separado nuestros caminos? Y ahora aquí está, a mi lado. Después de todo este tiempo y contra todo pronóstico. Le rodeo con el brazo para demostrarme una vez más que sí, que es de carne y hueso y que está aquí conmigo de verdad.

Me emociona pensar en el futuro que, por fin, tengo por delante con él, aunque también me da un poco de

miedo. ¿Qué fue lo que dijo Caroline sobre mi eterna obsesión con Ben? Que la vida que creía haberme perdido con él era perfecta porque era una fantasía, y era una fantasía porque era perfecta.

—Caroline y Mindy estuvieron conmigo en esta misma cama...

—¿En serio? —Me acaricia el pelo.

—Se quedaron a dormir cuando hice la fiesta de inauguración del apartamento.

—Ah, sí —comenta Ben con un suspiro.

Durante un instante nos quedamos callados, intentando superar en silencio la incómoda situación en la que nos hemos puesto al recordar que la última vez que Ben estuvo aquí fue con su ex mujer. Puede que yo no sea la causa directa por la que lo dejaron, pero tampoco ayudé mucho.

—Esa noche Caroline me dijo que, si hubiéramos estado hechos el uno para el otro, lo que hubiera tenido que pasar habría pasado cuando estábamos en la universidad. En ese momento me sentí desolada. Mi corazón me decía que sí estábamos destinados a estar juntos, aunque la lógica estuviera completamente en contra. Y ya sabes, también la ética.

Ben sigue callado y me preocupa que le resulte desagradable que haya sacado a colación, precisamente en este momento, su malogrado matrimonio.

—En realidad, no sé qué significa eso de estar destinado a hacer algo, ¿no te pasa lo mismo? —termina diciendo después de un rato—. Sugiere que hay alguna especie de entidad superior que ha trazado un plan y que nuestra vida tiene que desarrollarse conforme a ese plan, sin que podamos intervenir mucho en ello. Si lo piensas, es bastante deprimente. Si las cosas están destinadas a suceder, en realidad no tenemos ninguna libertad.

—No sé si es eso exactamente. Tal vez solo significa que, si algo se estropea, es porque hay razones más profundas que las que uno reconoce.

—¿Así que cambias tu historia por completo y dices que no te gustaba lo suficiente? —Ben se ríe.

—¡No! Yo qué sé. No quise decir que hubiera ninguna razón. Ojalá no hubiera sacado el tema.

Me abraza.

—Puedes decir lo que te dé la gana. Ya hemos sufrido bastante por todo lo que no nos hemos dicho.

Le devuelvo el abrazo.

—Lo que pasa es que todavía me asombra que tengamos otra oportunidad.

—A mí también —indica él. Después, me rodea con el brazo y continúa—: Lo que sucede es que a una parte de ti le preocupa que no seamos almas gemelas. Que solo seamos un par de amigos que se conocieron en la universidad y que todavía se atraen y que al final toda esta «increíble historia de amor verdadero» termine fatal.

—Sí, puede que se trate de eso. —Sonrío.

—Pues prefiero que las cosas vayan mal contigo que bien con cualquier otra persona. Creo que eso es bastante romántico, ¿no te parece, doña Angustias?

—Dios, eso es, ¿verdad? —digo—. No importa. ¿No dicen eso de que cuando uno se enamora perdidamente a veces lo hace contra toda esperanza? Es fácil pasar por alto la parte de «contra toda esperanza».

—He aceptado tu potencial falta de esperanza como pareja —dice él.

—Lo mismo digo.

—Y ahora vuelve a besarme como antes y después dime que no somos almas gemelas.

Eso hago y, efectivamente, no puedo decírselo.

CAPÍTULO 1

Dos años después...

Aunque siempre pensamos que la boda de Mindy sería a lo grande nunca imaginamos que habría nada en ella que tuviera que ver con la cetrería.

Estamos los cuatro —Mindy, Caroline, Ivor y yo— celebrando nuestra «cena de los jueves» en The Grill On The Alley, que básicamente es como uno de esos restaurantes de comida americana TGI Friday pero un poco más sofisticado.

Se trata de una tradición semanal para ponernos al día que Caroline y yo instauramos cuando Mindy e Ivor empezaron a salir juntos. Por mucho que nos alegráramos por ellos, no queríamos que se creara ninguna facción y nos pareció una buena forma de: 1) asegurar el estado democrático de los cuatro como amigos en igualdad de condiciones y 2) no tener que estar pensando qué hacer de cena una vez por semana.

De todos modos, al final, no era necesario que nos preocupáramos porque fuera a producirse ningún desequilibrio; todo lo contrario, que sean pareja ha conseguido que sean más ellos mismos si cabe. Mindy continúa comportándose como un arcoíris sin sentido y él sigue siendo hetero y su mayor admirador (ahora ya no tan en secreto). No hacían más que provocarse el uno al otro hasta que se dieron cuenta de que estaban enamorados.

Las últimas Navidades, Ivor le propuso matrimonio y, aunque rebosamos alegría por los cuatro costados, también fuimos conscientes de que estábamos a punto de sumergirnos en una espiral de absoluta locura. Por Mindy, por supuesto.

—Estaba pensando... —dice Mindy, mientras empuja el filete por todo el plato bajo la tenue iluminación que está tan de moda.

(Desde el anuncio del compromiso ha estado siguiendo varias dietas. La última, la del Paleolítico.

—¿Hacían las mujeres prehistóricas puré de patata? —le ha preguntado al camarero que la ha mirado confundido.

—El que introdujo la patata en Inglaterra fue *sir* Walter Raleigh —le ha explicado Ivor—. Unos pocos años más tarde.

—Oh, Dios mío, sí. Lo recuerdo de aquel capítulo de *La víbora negra*. ¿No inventó también la bicicleta?)

—...que en el gran día quiero que mi anillo lo traiga un ave de presa —anuncia sin más.

Ivor escupe el sorbo del martini de manzana que acaba de beber.

—No estoy seguro de que sea el momento adecuado para ponerse a recrear escenas de *Juego de Tronos* —comento.

—¡Lo digo en serio! —insiste Mindy—. Hay sitios donde puedes conseguir que un ave de presa descienda volando desde el tejado. Lleva el anillo en el pico y aterriza sobre la mano del novio en el altar. En la página web aseguran que proporciona un espectáculo inolvidable.

—Ni hablar —dice Ivor—. No quiero formar parte de un espectáculo inolvidable, gracias. Ni que ningún loro desquiciado me arranque la mano con sus garras y los chorros de sangre salpiquen a los invitados mientras todo el mundo grita. ¡Jesús, Mindy, es una boda, no una exhibición de cetrería!

—¡No te va a arrancar ninguna mano! —se queja Mindy—. Te pondrán uno de esos guantes gigantes estilo Michael Jackson. ¿Te parece más seguro si pedimos una lechuga?

—¡O una paloma! —intervengo yo—. Puedes atraerla con una patata frita.

Caroline y yo empezamos a reírnos mientras nos tiramos trozos de patatas y arrullamos como las palomas.

—Mindy —dice Ivor, frotándose las sienes—. ¿En serio has estado pidiendo información a alguna empresa sobre esta tontería de las aves de presa?

La susodicha sorbe con timidez de la pajita que lleva su té helado Long Island y lanza una mirada que yo definiría como furtiva.

—El otro día pasé cerca del castillo de Peckforton y me paré...

—¿Qué pasaste cerca del castillo de Peckforton?! —brama Caroline—. ¡Pero si eso está en Cheshire!

—Más bien fuiste directa al castillo, ¿verdad? —agrego yo.

Ivor se pone la cara entre las manos.

—No me estáis ayudando nada —nos dice Mindy a Caroline y a mí.

—¿Qué fue lo que acordamos desde el principio? —señala Ivor—. Que no haríamos nada sin consultarlo primero. No vamos a casarnos en un castillo, Mindy. Aparte de por lo caro que es, porque casarme como una estrella de fútbol me pone de los nervios. ¿Qué será lo siguiente? ¿El Rolls-Royce Ghosts y la corbata de seda en color crema?

—¿Tampoco podemos tener un vehículo decente? —lloriquea Mindy—. Ah, claro, ¿por qué no llego en uno de esos escúteres de movilidad reducida con banderines en la espalda?

Ivor, abatido, se excusa para ir al baño.

—Anda, haz como en prisión, quítale el cinturón y los cordones primero, para que no se suicide —bromeo.

Caroline y yo nos reímos, aunque a Mindy no parece haberle hecho mucha gracia.

—¿Por qué está siendo tan cascarrabias? ¡Dejad de animadlo!

Caroline posa una fría palma en el brazo cubierto de seda azul de Mindy. (Tenía la esperanza de que se casara de ese luminoso color pavo real que tiene registrado su empresa familiar de textiles, pero nos ha dicho que su vestido es de un tono crema; y nos lo ha dicho porque no ha dejado que la acompañemos a comprarse el vestido de novia. Además, según ella, «ya disfrutaré de los rojos y dorados en la ceremonia hindú que hagamos después en la India».)

—Mi querida y amada Parminder —empieza Caroline—. No te dejes deslumbrar por ningún castillo, águila o puto cuchillo para cortar la tarta; algo que me fastidia sobremanera es haber pagado incluso antes de que me divorciara. Sé que organizar una boda es emocionante, pero solo dura un día que, además, pasa volando. Hazme caso, te aseguro que, a la mañana siguiente, no quieres despertarte y encontrarte con que debes treinta mil libras en tarjetas de crédito. Lo único que te apetecerá será disfrutar de tu luna de miel libre de deudas.

—¡Sí!, va a ser una boda increíble hagas lo que hagas. La mejor —le animo yo. Ya sabéis, tiene que haber un poli bueno y un poli malo. Y Caro ha sido muy astuta al mencionar lo de su divorcio, así aliviará un poco (por su propio bien) el estado febril en el que parece estar sumida Mindy.

—Pero quiero hacer algo diferente —replica Mindy con un mohín—. No quiero la típica sala de reuniones con sillas con fundas que hemos visto un millón de veces. Y con esto no me refiero a que eso no esté bien, pero no es algo personalizado.

—Entonces necesitas un lugar que puedas decorar y adaptar a tus gustos —sentencia Caroline.

—¿En serio? —pregunta Mindy dudosa—. No quiero nada en plan baile de granero. Dios mío, ¿os conté que mi primo Nuvvy celebró su trigésimo cumpleaños en un centro social? Había un tablón de anuncios con un retrato robot de un agresor sexual con perilla que andaba suelto por Cheadle Hume. Desde luego no se respiraba un ambiente muy festivo que digamos.

—Lo entiendo —digo. De pronto, me viene la inspiración—. ¿Qué me dices del Victoria Baths en Chorlton? Uno de los redactores del periódico escribió un reportaje sobre el lugar y parece un sitio estupendo. Es de estilo *eduardiano* pero puedes decorarlo como te plazca. En realidad te casas en la piscina de azulejos.

—¿En bañador?

—No, está vacía.

Mindy ya ha sacado su iPhone y está buscando en Google información sobre el lugar con una rapidez de vértigo.

—Oh, por todos los santos. ¡Me ENCANTA, Rach!

Caroline me guiña un ojo, enviándome el tácito mensaje de «bien hecho», Mindy suelta unos cuantos grititos de alegría y yo me hincho como un pavo por la idea tan magnífica que he tenido. En ese momento, Ivor regresa del baño.

—Oh, Dios, ¿y ahora qué? —dice él.

Le respondo levantándole el pulgar. Después de ver unas cuantas fotos, Ivor también parece entusiasmado. Es mucho más acorde con su presupuesto y es un sitio que está de moda pero sin que resulte vomitivo. Estoy tan complacida que si pudiera me echaría un polvo a mí misma.

—Y ahora, en cuanto a la despedida de soltera... —comienza Mindy. Caroline y yo nos miramos aterrorizadas e Ivor suelta una carcajada.